Ha entrado más gente al Moroco y Charlie va de un extremo a otro de la barra. Apenas se da abasto para atender a los clientes y aún no llegan los dos muchachos que lo ayudan. Recuerdo haberlos visto la noche anterior; eran ellos quienes atendían las mesas después de las nueve. Pero ahora Charlie está solo y son los propios clientes quienes buscan las bebidas y las llevan a sus mesas. Charlie atiende sonriente y tranquilo, con esa eficaz parsimonia que siempre le he conocido. Aprovecha una pausa en su trabajo para preguntarme si quiero otro trago de ron. No, mejor un *gin and tonic*. Ya está bueno de ron; si voy a beber unos tragos, quiero algo de mi gusto. En silencio pone tres cubos de hielo en un vaso, echa medida y media de Beefeater, una botellita de quina y zumo de limón. Luego agrega dos cáscaras de la misma fruta.

—Ahí está el sabor —dice sonriente mientras acude al llamado del hombre canoso.

Agito el trago y lo pruebo. Sabe igual que los de la noche anterior. Es un mago Charlie. ¿Tendrá algún secreto para preparar las bebidas? Un día que estemos de humor le preguntaré cómo hace. En la mesa que ocupé con Billy, dos hombres hablan del Perú, del viaje que uno de ellos hizo a Lima hace poco para traer prendas de oro y venderlas a plazos a las empleadas públicas y a las maestras. Es un buen negocio, afirma. Ganancia de 100 o más por ciento en tres meses. Y todo legal. Sin problemas.

El que habla ocupa el sitio donde yo estuve. Es un hombre grueso y moreno, de mirada vivaz. De pronto él y su compañero desaparecen. Billy y yo estamos en la mesa y éste dice: ¿sabes?, pienso que de tanto oír a mi padre hablar de los clásicos y recitarlos, concebí la ilusión de ser escritor. Porque no había día que no hablara de ellos. Lo suyo era un culto fanático. Yo jugaba solo o con chicos de las casas vecinas y siempre proponía juegos donde intervinieran los personajes que mi padre mencionaba a menudo. Así, David Copperfield alternaba con Blancanieves y los enanos y con Gulliver y los gigantes y una tarde Robinson Crusoe discutió problemas de navegación con uno de los caballeros del rey Arturo. Robinson era un vecino y yo era Galahad. Sin embargo, cuando éramos indios y soldados o cowboys y bandidos o gambusinos de California, yo no participaba en las refriegas porque era Samuel Clemens o Bret Harte y tenía que ser testigo y verlo todo para

contárselo a los lectores de mis crónicas del Far West en Nueva York o en la propia Filadelfia. Tenía diez o doce años, no sé, y me parece que ya entonces deseaba ser escritor, aunque no se lo decía a nadie; menos a mi padre, a quien me daba miedo hablarle de esas cosas.

Yo lo escuchaba en silencio y también pensaba en mi infancia y en lo que había hecho a esa edad. A los diez años escuchaba los relatos de la maestra en las mañanas azules y frescas, con la brisa del volcán metiéndose en la escuela, con los naranjos cubiertos de flores blancas, con la vastedad verdi-azul de las llanuras extendida entre los cerros y el mar. Por el camino próximo pasaban hombres a caballo, a veces con vacas, y otros a pie, con el machete colgado del hombro en una vaina de cuero. La maestra hablaba de Brasil y sus selvas vírgenes y misteriosas, de los glaciares de Alaska, de los milenios gastados por el agua y el viento para excavar el cañón del Colorado, de las exploraciones en Africa en la segunda mitad del siglo diecinueve. El mundo y la historia adquirían en su voz apacible y cálida una majestad de epopeya que encendía la imaginación de los alumnos. Y de pronto, oyéndola, yo no estaba en el salón de una vieja casa de madera, en un pueblo a mil metros sobre el nivel del mar, un pueblo de cultivadores de naranjas y caña de azúcar, de potreros y maizales desperdigados en la vastedad de los montes, sino a bordo de un barco que recorría las costas de Borneo o de Australia o guiando un trineo

en las ásperas soledades de Columbia Británica. Otras veces no estaba en la escuela sino con el tío Isidoro, en un río de corrientes veloces, encajonado entre farallones altísimos, atento a que picaran los peces, o bien, a prima noche, quietos y silenciosos en la sombra, esperando que llegaran los conejos a comerse las yucas y las ahuyamas que les habíamos preparado.

A los doce años había cruzado el Canal y había visto hombres de muchos tipos en las calles de Panamá —chinos, indostanos, negros, judíos, franceses, alemanes, filipinos, rusos, árabes y millares de gringos—; había visto la gran ciudad y estaba deslumbrado por lo que veía. Y antes de cumplir los trece años (¿o ya los había cumplido?) Marta me había revelado otra dimensión de la vida. Recordaba que a veces dormía conmigo en el cuarto de Lupo y aunque éste me había dicho qué hacía ella, en qué trabajaba por las noches, a mí no me importaba: su piel tibia y su olor sólo eran míos. Por más que pagaran, los demás no podían tener sus ojos de miel en las mañanas claras, cuando despertaba antes que los vecinos y salía discretamente del cuarto y me dejaba allí, abrazado al recuerdo de la noche, sumergido en el calor dejado por su cuerpo entre las sábanas, con mi propio cuerpo impregnado del aroma de su carne. No, la Marta mía no podía ser de nadie más por mucho que le pagaran. Lo nuestro era otra cosa.

Así, pensé, mientras el profesor Jones recitaba los clásicos junto a los rosales de su buena Bette, Jimmy y yo robábamos

mangos en la huerta del alemán o jugábamos beisbol o comíamos duros de nance trepados en un árbol o simplemente sentados en una escalera de esa casa antigua y ruidosa, palpitante de vecinos, en la quietud de los atardeceres luminosos. Filadelfia y Río Abajo eran mundos demasiado distantes y distintos. Sin embargo, ¡cómo eran las cosas!: después de tantos años, Billy y yo estábamos hablando en el Moroco de lo que habían sido nuestras vidas en aquel tiempo. ¿Era el destino? No, era el Canal. Sin saberlo nosotros, sin haberlo siquiera supuesto, la historia nos había reunido. En la atmósfera violeta del Moroco nuestras palabras y nuestros recuerdos eran la prolongación de un mismo hecho o de una misma fatalidad. Porque en el rostro de Billy había algo de fatal, como si sus ojos azules contuvieran o expresaran una culpa antigua, y en mí estaba (aunque no se viera) el rencor de una tierra agredida. Pero ni esa culpa ni ese rencor afloraban; se reducían a gestos y simples evocaciones. Así, aun cuando evitáramos alusiones al asunto (acaso eran innecesarias) entre ambos se interponía una franja de agua y cuanto ésta significaba. Por más cerca que estuviéramos, por más que algunas preocupaciones y gustos pudieran aproximarnos, jamás habría una identificación completa: siempre nos separaría la vía de agua. Entre nosotros, como una herida incurable, estaba el Canal, esa zanja que había convertido a Estados Unidos en amo de los mares y a Panamá en vértice de rutas y destinos. Era una

paradoja: nos separaba y enfrentaba la misma historia que nos unía.

Había dejado de llover y el aire lavado entraba cuando alguien abría la puerta. La atmósfera cargada de humo y sudores, caldeada por el calor de los cuerpos, escocía los ojos y nos rodeaba como una agua turbia, y en esa agua viscosa Billy bebía en silencio, aferrado a su destino o a su culpa, y yo también levantaba mi vaso unido a mi rencor. Era un momento después de la lluvia, en Río Abajo, en un tiempo que ignorábamos adónde nos llevaría.

Cabesera de Agua Grande, 7 de avril de 1965.

mi estimado sobrino

le escribo esta carta para contestarle esa carta tan apresiable que me mandó y ala bez deseando que al resibir esta se encuentre bien de salud les mando muchas saludes rogando a Dios que Gladis siga vien que no sufra más como usted también el día 5 de avril fui a donde Epifania y me mostró la carta que le mandó los 25 balboas los resivió vien y le querían comprar un pedazo de tierra acá en la montaña y llo le dije que eso es de ella como las cosas de las tierras están bastante estrictas que aih que titular que la questión de la reforma agraria los terrenos los está asiendo titular que no es que ella quiere bender pero llo le digo que esa montaña es de ella si ella quiere bender ella sabe que para mí esta bien o si quiere aguardar que usted le compre o don Nico está vien porque sino tenemos títulos los quitan para repartillos entre las personas que no tienen y los animales se terminaron quando papá estaba enfermo aora no hai y de los muchachos Sipriano me da pena darle esa contesta a usted pero así es le contaré lo sigiente llo de Sipriano no le puedo contar mucho porque ase más de año que no los ablamos porque él y la

mujer que Luis tenía fueron qulpables de que los ijos de mi ijo quedaran sufriendo sin madre pero allá riba está Dios que ese arregla todo pero lla grasias a Dios que lla las dos niñas encontramos quien las cuide una está en las Lajas donde una maestra que no tiene niños lla está en la esquela y la otra está en David está donde Lusía está también en la esquela la tienen en quinder y el niño que lo quida Epifania todos los domingos llo le llebo las cosas y ese es el compañero de ella y de noche tamvién uno de Pancho que está en la esquela la acompaña pero Sipriano lla está solo se fue el año pasado para Bugaba disgustado con Epifania y aora ase poco bino pidiéndole posada le esplico todo eso pero nunca le dé a saber a Epifania que llo le dije eso después le diré porqué y ella lla no viene acá porque la agua le queda más lejos los ofisios que ase aora son pocos lo que dise usted que me prometió mandar despreocúpese que eso no es nada si alla problema para mandarlos y el día que resiví su carta me vi con la señora Beatri la de Jose Montero preguntó por usted me dijo que le diera saludes y los ijos también mandan saludes Epifania si se llebaba bien con Melida pues llo estoi más serca que usted de Caña Blanca y llo me di de quenta de la muerte de Melida fue a los tres dias por aquí no a llobido todavía y estoy esperando que llueva para sembrar el maís porque devo desirle que tumvé monte para sesenta libras en la montaña y el caballo ballo se me murió picado de qulebra el mes pasado también le diré que el corejidor quería multarme porque no le dava paso para sus animales por mi serco de faragua pero el compadre Flor abló con él y el asunto se aregló quándo vendrá usted por acá lla van a ser dos años que no biene

Bueno le contesto su carta con mucho cariño pero tiene que perdonar todo lo malo

Se despide de usted su tío

Isidoro.

Charlie tiene mucho trabajo y apenas puede atenderme. Es una lástima porque he venido precisamente con el propósito de hablar con él; siento una casi imperiosa necesidad de contar a alguien algo de Billy, de ese soldado abatido por la vida. En realidad, pienso, su muerte vigoriza mi apreciación temprana de que él no tenía nada en común con los "zonians". El mismo hecho de haberse suicidado parece una confirmación. Porque tiene que haber un resto de humanidad y conciencia en una persona (si no es desesperación o locura) para que se arroje al agua desde el puente de las Américas. Hasta ahora ningún residente de la Zona lo ha hecho y difícilmente lo hará alguno en el futuro. ¿Cómo van a renunciar a sus casas refrigeradas, a sus yates, a sus comisariatos libres de impuestos, a todas sus prerrogativas de consentidos del *american way of life?* Es utópico imaginar siquiera que un individuo de ésos vaya a suicidarse. Viéndolos pasear por los campos de césped, bajo la

sombra de los árboles, o sentados en las cafeterías al aire libre de Balboa o en los salones de diversión de Curundú y Diablo Heigths, uno duda de que en ellos pueda haber otra cosa que células y sensaciones; dan la impresión, cuando pasan en sus convertibles relucientes, de que son un vegetal más de la vastísima flora tropical. Uno los imagina muertos de apoplejía, de diabetes, devastados por el cáncer; los ve hinchados hasta reventar a causa de la cirrosis o la hidropesía, pero jamás, de eso está uno convencido, los verá con la yugular abierta por su propia mano o con la sien perforada por un balazo. Tales gestos definitivos no corresponden a su psicología de la satisfacción, del goce primitivo y directo (el *hot dog* y la cerveza fría en el calor de las tres, el whisky con soda más tarde, la película de gangsters o la TV por la noche, la partida de poker con los amigos y luego el sueño compartido con la esposa en la recámara de aire acondicionado y sábanas asépticas; esa misma alcoba donde la mujer trata en vano de que su compañero reaccione, deje de roncar y la haga olvidar el aburrimiento que le produce vigilar a la criada, jugar con las amigas o ir a las tiendas de Panamá en las tardes a comprar adornos orientales para los parientes y amigos de Alabama). A ellos los mata la vida: la comodidad, el whisky, las digestiones, las cocacolas y los pasteles: mueren porque el exceso de grasa hace estallar sus corazones o porque sus cerebros se licúan en el sopor de las siestas y los coitos apre-

surados. En su mayoría proceden del Sur, donde los antiguos plantadores se batían a espada o a pistola y violaban a las jóvenes esclavas en la luna de los algodonales; provienen de una sangre cruel y violenta, sí, pero sus intestinos se han vuelto demasiado gruesos y pesados; han perdido brutalidad y vigor. Por eso han sustituido la violencia de la esclavitud por la explotación asalariada y la crueldad del látigo por la discriminación legal. Acaso el trópico los ha convertido en orugas flatulentas, en gordos insectos de apariencia inofensiva que toman cocacola en las horas tórridas y responden con gesto benévolo al saludo de los trabajadores que pasan sudorosos y dicen *Hello, mister James, hello, mistress Park* mientras a lo lejos suena la sirena de un barco y una ráfaga de aire marino disipa momentáneamente el calor de la tarde. Seguramente, como opinan algunos, sí son el espíritu del viejo Sur, pero abotagados por el clima y la grasa, ya incapaces de otra cosa que no sea vegetar como lombrices en la Zona del Canal.

De ellos le había hablado a Billy y habíamos coincidido en que esa gente era una vergüenza. Pero la Zona no era el único lugar donde uno podía encontrarla, dijo. También en los propios Estados Unidos había tipos así, satisfechos, pudriéndose en la comodidad. En Nueva York, en Filadelfia, en cualquier ciudad era fácil encontrarlos. Claro, no todo el mundo era así, aunque había muchos de esa condición. Durante su estancia en Nueva York los

veía en los restaurantes, rubicundos y alegres con su cocacola y su *hamburguer*, o en el *subway*, inmersos en la corriente humana, con apariencia de peces enlatados, el periódico bajo el brazo, acaso inquietos porque la esposa aún no ha podido conseguir ese perrito de aguas que tanto desea.

—Sí, de acuerdo, esa gente no es el pueblo norteamericano; eso no tienes que decírmelo, ya lo sé —dije—. Pero, fíjate, no hay ninguna comparación entre éstos y ésos que dices. Estos son peores. Tú no los conoces. Son verdaderamente repugnantes. Para que aunque sea los veas, visita si puedes antes de irte la *American Legion*. ¿Sabes dónde está?

—No exactamente, pero puedo encontrarla.

—Bueno, anda y ya verás. No creo que puedas ver mucho, pero por lo menos tendrás una idea.

Mejor si vas por la tarde, pensé mientras lo veía encender un cigarrillo, a eso de las tres y media y cuatro. Pides una cerveza y te sientas en un sitio desde el cual domines todo el local. Verás hombres de distintas edades, la mayoría mayor de cincuenta años, con un whisky o una cerveza delante, algunos con puros, otros con pipas, los más con cigarrillos. En algunos brazos verás tatuajes escamosos, azules y rojos, y puede que descubras una cicatriz en este rostro o la falta de tres dedos en aquella mano. Si escuchas con atención oirás sus voces acompasadas, muchas enronquecidas por el humo y el alcohol, re-

firiéndose a sucesos triviales como el precio de las zanahorias, el kilometraje que da por galón el nuevo modelo Ford o ese programa de televisión que presenta a una familia de monstruos o ese otro, "extraordinario, Jerry, ¿verdad?", protagonizado por un agente secreto de USA, invencible y seductor, que hace el amor con seis mujeres esplendorosas y desbarata una organización de espionaje enemiga en cada título. También podrás oír cómo algunos hablan de sus achaques y de lo mal que se sienten cuando llueve demasiado o cuando hay excesivo calor. Cerca de allí, a la derecha, queda el Yacht Club de Balboa. Verás que algunos de los concurrentes apenas hablan: sólo beben, fuman, escuchan a los otros y miran pensativamente los botes fondeados cerca del atracadero del club. Sus miradas mortecinas van de un bote a otro y siguen el lento cabeceo de las embarcaciones movidas por las olas tranquilas. A veces cierran los ojos por un momento y suspiran, sin que ellos mismos sepan por qué. Otros se sientan todas las tardes en la terraza exterior, donde hay mesas con parasoles, a respirar el aire marino y a ver los barcos que entran o salen del Canal. También contemplan, acaso íntimamente orgullosos de la técnica de sus ingenieros, el puente, el gran arco blanco a ciento cincuenta pies de altura por el cual pasan los automóviles, y el conjunto de la imponente estructura metálica iluminada por el sol; miran cómo los autos ascienden por un lado y descienden por el otro y se pierden finalmente en la orilla occi-

dental, entre la vegetación y la luz, a sesenta millas por hora, con la tarde reflejada en las carrocerías. Debajo del puente está el agua azul-gris con pequeñas olas levantadas por la brisa que vienen a morir cerca de la terraza, en las rocas negras donde caracoles y crustáceos caminan torpemente sin destino preciso. Pero en la zona cubierta por la sombra del puente el agua no es azul-gris sino verdinegra, vegetal; es una oscura franja ondulada, de tonalidades aceitosas, que une ambas orillas. En dirección al mar, la entrada del Canal se ensancha hacia los roquedales de Farfán, a la derecha, y hacia el terraplén, a la izquierda, que une la tierra firme con las islas de Perico, Naos y Flamenco. Más allá están las islas de Taboguilla y Otoque y, en la lejanía occidental, colgado del cielo o flotando sobre el mar, el cerro Tigre altera la simetría del horizonte. Los hombres ven este mismo paisaje cada día, sin aburrirse, como si la misión de sus vidas fuera contemplar esa sucesión de crepúsculos frente a un vaso de whisky. A veces observan a los buques de la *U.S. Navy* amarrados a los muelles de Rodman y en la placidez de la tarde, mientras el sol desaparece detrás de cerro Venado, acaso rememoran los años pasados a bordo de un destructor o el estruendo de los cañones en el Mar de Coral una tarde también luminosa como ésta y también apacible antes de la batalla. En ocasiones van mujeres al lugar y sus risas se mezclan con las voces roncas y celebran con gritos y exclamaciones los chis-

tes de los hombres. Casi siempre son mujeres maduras, de piel correosa, voz agria y cuerpo reumático, que beben whisky como un hombre y hablan de naipes y de bingo con énfasis autoritario. Alguna puede ser viuda y de vez en cuando alude a su difunto esposo, caído en Iwojima o en Tarawa o muerto en el *Gorgas hospital*, víctima de un virus desconocido o de cirrosis. Alguna vez, tras de haber bebido varios whiskies y reído hasta las lágrimas, le dice a alguien con expresión evocativa y húmeda la mirada: "Oh, usted me recuerda a mi Tony. Tenía la calva como usted y también fumaba pipa, y la usaba en el mismo lado de la boca. Oh, de veras, viéndole a usted, me parece que Tony ha resucitado." El aludido ríe forzadamente y dice: "Oh . . . bien . . . eh . . . ¡Salud!", y en sus ojos uno cree percibir el rechazo de esa inoportuna comparación con el difunto.

Billy exhaló una bocanada de humo y bebió un trago. Chasqueó los labios y aspiró nuevamente el cigarrillo.

—Sería bueno, Billy —recalqué—, sería bueno que fueras a la *American Legion*. Tal vez encuentres —agregué irónico— una imagen anticipada de lo que serás dentro de treinta o cuarenta años, cuando te reúnas a tomar cerveza y a recordar el pasado con viejos compañeros de armas. Verías a los gloriosos veteranos consumiéndose en las tardes, contemplando los barcos o el puente o rascándose recuerdos de empolvados combates que nadie más recuerda, combates que no tuvieron nada

de extraordinarios o de gloriosos, pero que en sus memorias reblandecidas por el calos y el whisky son inmarcesibles.

Billy estaba concentrado en agitar el vaso cuando terminé de hablar. Parecía no haberme escuchado. Sin embargo, lo que hacía era pensar en mi descripción del club de veteranos. Tal vez la encontraba exagerada o infiel; acaso para él los veteranos, por el solo hecho de serlo, eran merecedores de alabanza o privilegios; a lo mejor consideraba que todos eran héroes. Yo pensaba en lo que posiblemente estuviera pensando él mientras agitaba su vaso.

—No —dijo finalmente—, nunca seré como esos tipos. Aunque no lo creas, nunca seré un "glorioso veterano", como dices.

Bebí un trago y él hizo una pausa. Se pasó la lengua por los labios y sus ojos semejaron lanzar destellos celestes, como si en su interior algo hubiera comenzado a arder. Luego agregó con voz sin inflexiones —había advertido que cuando quería enfatizar algo su voz fluía con una tonalidad neutra, uniforme, todo lo contrario del común de la gente, y hablaba despacio como para que el oyente anotara cuanto decía— y mirándome fijamente:

—Mira, para mí la guerra nunca fue una gran cosa. Incluso cuando el ejército me llamó dudé en presentarme. Entonces yo estaba en Nueva York, como te dije, y quería convertirme en escritor. Poco antes había leído *Sin novedad en el frente* y además había visto la película. Como puedes suponer, mi ánimo no era el mejor para ingresar a filas. Durante un día o dos es-

tuve dándole vueltas al asunto y discutí con algunos amigos que me aconsejaron evadirme. Podía irme a Canadá o a Suiza. Podía irme a Argentina. Podía irme a muchos sitios para eludir el servicio. Pero no me fui. En verdad, no tenía nada claro. Y una noche estuve en una fiesta, bebí hasta perder el sentido y al amanecer, todavía con la cabeza dándome vueltas, me presenté en la oficina de reclutamiento. Dos días después estaba en Illinois y comenzó el entrenamiento. Seis meses más tarde me mandaron al frente. Por todo eso te digo que la guerra no ha sido nada agradable para mí: antes no quería ir, ahora lamento haber estado en ella. Cada vez que pienso en los años pasados allá, me pregunto si no hubiera sido mejor hacer caso a los amigos y haberme marchado al Canadá. Tal vez ya sería un escritor, o aunque no fuera un escritor, no sería lo que soy: un pobre diablo que vuelve a casa con una medalla.

Bebió un trago y apagó la colilla en el piso. Yo lo observaba en tanto pensaba en lo que había dicho y me pareció un hombre sumido en la confusión. Sí, probablemente, acepté, Billy no sería nunca un "glorioso veterano". Podía ser cualquier cosa, menos un hombre ufano de sus crímenes.

AUMENTA EL NUMERO DE DESERTORES EN LAS FUERZAS ARMADAS ESTADOUNIDENSES

DIMAS LIDIO PITTY

PROTESTAS EN NUEVA YORK Y EN SAN FRANCISCO CONTRA LA GUERRA

PANAMA
MARAVILLOSA TIERRA DE SOL
PUEDE VISITARLA TODO EL AÑO

Por razones de viaje vendo un automóvil Ford Galaxie 500 del año. Llamar al teléfono 52619, Balboa.

En la ciudad uno es como una planta: aquí crece rodeado de pasto; allá, entre ortigas; en otro lado, circuido por helechos. Uno se muda de un barrio a otro y aprende a distinguir los distintos ambientes y se adapta a las condiciones de vida imperantes. Yo había comenzado en Río Abajo, después había estado en San Felipe, luego en Carrasquilla, y cada lugar me había enseñado algo.

En Carrasquilla vivía gente de toda clase: obreros, oficinistas, campesinos que trabajaban como peones en las obras públicas, policías, prostitutas, chulos, maestros, buhoneros. Sin embargo, nadie se daba por enterado de lo que hacían los demás; sólo en caso de riña era puesta de relieve la particular condición de alguno: chulo de mierda, mantenido, ¿de qué puedes presumir?; putona, quemas a tu marido por gusto porque ni siquiera cobras; qué policía ni qué carajo, si él mismo robó en el supermercado. El resto del tiempo cada quien sufría su vida, eso era todo.

El barrio no estaba totalmente urbanizado, en algunos lugares había parcelas de monte y una quebrada o zanja de aguas turbias y jabonosas corría de norte a sur; también había una cantera abandonada donde tiraban carros viejos y en el centro de la cual los años habían formado una laguna de hondura desconocida. Allá íbamos algunos muchachos con Frenchí, un mecánico mal hablado, de habilidad legendaria, que había perdido facultades por el alcohol. Nos juntábamos, dos, tres, a veces cinco, y lo acompañábamos a buscar hierro viejo para venderlo a un polaco tuerto y de piel escamosa, comerciante en chatarra. Después de cobrar, Frenchí sacaba cuentas, nos daba un dólar a cada uno, él se embolsaba el resto del producto de la venta y desaparecía de su casa por tres o cuatro días. Cuando regresaba tenía la mirada hundida, parecía haber envejecido veinte años, mezclaba maldiciones con frases sin sentido que él llamaba *filosofías* y estaba sin un centavo. Entonces iba a la bodega y le rogaba a la dueña que le fiara una cerveza para el malestar, para los temblores, Marieta, no seas malita.

Antes, cuando éramos demasiado chicos o aún no teníamos suficiente confianza con Frenchí como para acompañarlo a buscar hierro, formábamos una horda de rapaces que chapoteaba en la quebrada, molestaba a las muchachas que iban a comprar a la tienda, seguía atentamente los resultados de las carreras de caballos —un muchacho del barrio era aprendiz de *jockey* y subía como la espuma—, jugaba

trompo en la calle sin pavimento, lodosa en invierno, y gritaba obscenidades a las parejas que rochaban al anochecer en una loma próxima a la cantera. Entonces habitaban una casa recién construida tres prostitutas apodadas las Cotorras, quienes por las noches, en ocasiones en pleno día, llevaban clientes a su casa. Nosotros rondábamos por allí para hacer mandados o buscar en la basura de ellas tapas de cerveza; éstas las cambiábamos luego en la tienda del chino por golosinas y cupones para la rifa de una casa. Era una manera fácil de conseguir golosinas o sodas porque en la casa propia ninguno recibía más de un *nickel* o un *dime* de vez en cuando.

Un día, mientras buscábamos platillos en la basura de las Cotorras, el mayor de los tres hermanos Thompson —sus edades iban de los 12 a los 16 años— encontró un condón usado. Parecía un globito lleno de agua.

—Ya sé que voy a hacer con esto —dijo en tanto lo sostenía con dos dedos—. Se lo venderé a Luchita.

—¿Para qué? —preguntó alguien—. ¿Qué puede hacer con esa vaina usada?

—Mira cómo eres güevón . . . Pues dárselo o vendérselo a alguno que se la vaya a coger.

Lo lavó, lo secó al sol y, luego de enrollarlo y de ponerle una capita de talco para que pareciera nuevo, se lo llevó a Luchita, la prostituta ya madura y casi enana que vivía sola en una casa de tablas y hojalata en las faldas de la loma. A ésa le decían Luchita y sus clientes eran carreti-

lleros, peones y menores de edad. La Iguana compró el condón en diez centavos y le dijo a Thompson que cuando consiguiera más se los llevara.

Comprendimos que los condones podían ser un buen negocio y nos propusimos hacer lo mismo que Thompson. Días después revolvíamos la basura y el menor de los Thompson halló otro condón, pero Tambor insistió en que él lo había visto primero y trató de quitárselo. La discusión degeneró en golpes, intervino el mediano de los Thompson y Tambor, que era más amigo mío que los hermanos, gritó:

—¡Coño! ¡No dejes que me peguen en pandilla estos vergajos!

El mediano sujetaba a Tambor por la espalda para que el otro lo golpeara. Empujé al pequeño. En montón no se vale, pendejos, peleen limpio. Le di una patada al otro y soltó a Tambor, pero entonces, quién sabe de dónde, apareció el mayor y de un solo golpe me dejó boca arriba y sin aire sobre la basura. Me había, además, roto la boca y sangraba como un sapo degollado. Ahí terminó la pelea y la disputa porque el condón se había roto en el forcejeo.

Tambor tenía las manos manchadas de semen y fuimos a lavarnos, él las manos y yo la cara ensangrentada.

—Esos Thompson son unos desgraciados-chucha-de-su-madre. Yo vi primero el condón —masculló mientras se restregaba bajo el chorro de agua de una llave pública.

—A mí me sacó el aire el cabrón ese

Termino el *gin and tonic* y le pido otro a Charlie. Este sigue atareado porque ha entrado más gente y, aunque ya han llegado sus asistentes, apenas alcanza a despachar los pedidos. Mientras espero el trago miro los desnudos y recuerdo que Billy dijo algo de la muchacha reclinada bajo el árbol y también recuerdo que al salir tuve la impresión de que ella nos sonreía. Ahora, sin embargo, su rostro inerte no expresa nada, fuera de la incitación que su postura encarna. Charlie me da el trago y toma el vasito de ron que conserva junto al espejo. Salud, dice y bebe.

—Ya ves que no podemos conversar —agrega con un gesto de resignación y se aleja.

Enciendo un cigarrillo y vuelvo a ver la foto del periódico. El cadáver había sido extraído del agua con un garfio (a los cadáveres siempre los sacan del agua con garfios. En una ocasión un carguero noruego embistió a una lancha de cabotaje en la entrada del Canal y murieron los

nueve ocupantes de la lancha, incluido un chico de trece años, de quien nadie supo qué hacía a bordo, porque evidentemente no era tripulante y en esas embarcaciones no aceptan pasajeros. Una patrulla naval llegó al escenario de la colisión y rescató con garfios ocho cadáveres; el noveno, el del capitán, desapareció, presumiblemente devorado por los tiburones. Eso me lo contó Lupo, cuyo remolcador condujo el barco noruego al muelle de Balboa. Era impresionante, decía, ver a la policía naval pescar cadáveres a la luz de los reflectores. A veces el garfio no sólo enganchaba y rasgaba las ropas, sino también la carne; luego el muerto era izado y en la luz amarillenta era un extraño pez que nadie comería) y lo habían depositado sobre la hierba de la orilla, cerca del Yacht Club. (Eso no lo dice el periódico, pero en el fondo de la foto aparece el club.) Después habían buscado en sus bolsillos alguna identificación. En tanto, la policía mantenía alejados a los curiosos, y los fotógrafos sacaban placas desde todos los ángulos y algunos además fotografiaban el puente, desde el cual, era casi seguro, se había arrojado el suicida.

Ahora veo claramente a Billy tendido en la luz del amanecer, sobre la hierba de Amador, rodeado por policías y fotógrafos, su cuerpo amoratado y en partes azuloso por el golpe del agua. De pronto pienso que mientras él yace boca arriba, insensible al calor creciente de la mañana, ajeno a la morbosidad de la gente, mantenida a distancia por la policía, indiferente al pe-

trolero de la Shell que en ese momento sale del Canal y pasa bajo el puente, ciego al agua y al cielo azules o tal vez dorados por el alba, yo duermo —sumido en los vapores del alcohol, también indiferente a todo, ajeno a cuanto en ese instante acontece fuera del sueño—. Y mientras él está allí y yo duermo, el barco de la Shell deja atrás el puente y se aleja con lentitud inexorable —desde cubierta los marineros ven a la gente y a los policías y quizá se preguntan qué ha pasado— y su sirena suena más allá de las boyas que marcan el límite del Canal y el sonido se pierde en la extensión azul y en las colinas verdes del oeste.

En Balboa la gente desayuna para después irse de pesca, a jugar golf o simplementea tomar el sol en la playa de Farfán. En Panamá algunos abordan el auto y se van a Santa Clara o a Nueva Gorgona a pasar el día tomando cerveza y comiendo mariscos, o se van a Cerro Azul, donde hay cabañas para los fines de semana y botes para remar en el lago artificial. Simultáneamente, en los barrios pobres, en esas casas de madera donde diez o más personas comparten la miseria de un solo cuarto —por la noche los adultos hacen el amor junto a los niños y junto a los ancianos de tos profunda desvelados por el calor, los cuales evocan su juventud oyendo los suspiros, los quejidos y los murmullos de la hija o el hijo en la oscuridad sudorosa—, las familias salen a la luz naciente y esperan que las mujeres preparen el café o el té y el pedazo de pan para el

desayuno. Mientras, los niños juegan en los patios comunales y las viejas casas se pueblan de ruidos y de radios a todo volumen.

—Junior —grita desde una ventana una mujer despeinada al hijo que conversa con otros chicos—, ven para que vayas a comprar el pan. Pero apúrate —agrega irritada—, que tu papá tiene que irse.

Más allá, un anciano achacoso saca una mecedora de su cuarto y se sienta en el balcón a tomar el sol y a ver el vuelo de las moscas que suben de los desagües del patio a los cuartos del segundo piso, se paran en las mesas, en los vasos y hasta en bocas y ojos, si no se las espanta.

Todo esto está allí, es una presencia cotidiana y dolorosa, pero ahora existe en otra dimensión, fuera del sueño o de la muerte, muy lejos de Billy y de mí. Porque ambos, él en la muerte, yo en el sueño, estamos fuera de la vida, distantes de los ancianos asmáticos o tísicos, de los chiquillos que juegan o riñen en los patios comunales de Calidonia, El Marañón, Santa Ana o El Chorrillo. Somos ajenos a los pescadores que vuelven a tierra en sus viejos botes de remos, encallecidas las manos por el arpón y las redes, con el rostro cuarteado por el salitre y los vientos del Golfo; esos pescadores que observan con ojos enrojecidos las olas doradas y el perfil claro de la ciudad en el alba y el lomo oscuro de los cerros lejanos. Somos indiferentes a los autobuses que aceleran en las calles solitarias y dejan detrás el olor de la gasolina quemada; extraños a esos hom-

bres que van al mercado y examinan atentamente los mariscos y las carnes, discuten por el precio de las verduras y finalmente regresan a la casa con una bolsa repleta de comestibles y con una sensación de gozo anticipado al pensar en el pescado horneado o frito que sus esposas, madres o hijas prepararán para el almuerzo.

No vemos a los ricos despertarse perezosamente en Bella Vista o el Cangrejo: toman el desayuno en la cama, piden el periódico y se buscan en la Sección Social porque anoche asistieron a la fiesta que los Montoro ofrecieron al capitán Cavendish, prometido de la hija menor del matrimonio, y sería imperdonable que el fotógrafo no hubiera captado la elegancia de ella, ahora desmadejada sobre la almohada, o la prestancia de él, ahora sin bisoñé, con sus tres pelos canosos como lombrices muertas sobre el cráneo. Pero, claro, ahí están, como tenía que ser:

—Fíjate, Mimí, en la mirada de borracho del tal Vázquez. ¿Te fijas?

—Sí, papi; tiene cara de idiota. Y mira el gesto de bruja de Estela. ¿Sabes que está loca por el cantante ese que actúa en el Maxim?

—¿Cómo? Y el marido, ¿qué?

—Parece que no le importa. Tú sabes que él se casó por conveniencia. Además, tiene una querida en San Francisco. Dicen que es una mulata.

—Ah, mira la cara del prometido. Da la impresión de que lo han atrapado.

—No creo eso. Tú sabes que Paty es-

tudió en Italia. Bien pudo conseguirse un conde.

—Tal vez. Pero el padre no busca títulos sino dinero.

—Cómo eres. Fíjate qué bien me veo de perfil.

No vemos a esas mujeres de piel tersa, húmeda de sueño, salir desnudas de la cama, sus senos saltando como conejos en la luz matinal, darse una ducha, ir a misa y luego extraviarse en el ocio dominguero. Ni Billy ni yo podemos ver nada. En el amanecer del domingo ambos, cada uno en su esfera de distinta sombra, cada quien aferrado a su muerte o a su sueño, estamos al margen de la vida.

CRONICA

Así, universalmente admirado por la proeza de Suez, Fernando de Lesseps viajó a Panamá en 1882, dispuesto a reeditar su triunfo. El viejo sueño de unir los mayores océanos mediante un canal iba a ser realizado por los franceses. Miles y miles de hombres acudieron de todas partes del mundo a sumar su fatiga al esfuerzo de Lesseps. Muchos eran técnicos, pero la mayoría era gente simple, apta sólo para manejar el pico y la pala.

Los trabajos comenzaron en la costa atlántica, en medio de fiestas y gran entusiasmo, pero al cabo de unos cuantos años millares de hombres habían sido sepultados en la selva, víctimas de alimañas o de fiebres, y las excavaciones se paralizaron cerca del corte Culebra, donde la piedra formidable resistía los barrenos y la dinamita, donde peones venidos de la lejana China amanecían colgados de los árboles por su larga trenza, su piel aun más pálida en el alba tropical.

Entonces, agobiado por las intrigas y las pérdidas, abrumado por el fracaso, Lesseps desistió y retornó a Europa a morir, entre las ruinas de la Compañía Francesa del Canal y las lágrimas de los inversionistas y

contribuyentes. Un grabado lo retrata en sus últimos días, alucinado por las visiones superpuestas de una franja de agua en medio de las ardientes arenas de Egipto, con camellos y palmeras en las márgenes, y una zanja inconclusa, llena de víboras y sangre, con cadáveres insepultos en las orillas y vegetaciones feroces persiguiendo a los hombres.

De ese modo, la gloria de Francia quedó allí, en la intemperie tropical, acosada por las lluvias y la herrumbre, calcinada por soles inclementes, pudriéndose junto a los despojos de hombres venidos de toda la Tierra. Hundidos en los lodazales de esa selva atroz quedaron la maquinaria y el ingenio de París, y también el recuerdo de Gauguin —peón eventual en las excavaciones— quien una noche fue arrestado en las calles de Panamá por haber orinado en la vía pública.

Sí, la vieja y grandiosa Francia quedó allí, empantanada, y su fracaso fue sumergido por las aguas cuando, veintidós años después, Wodrow Wilson detonó a control remoto una carga de TNT y la vía interoceánica se abrió a las banderas del mundo.

ANÓNIMO. Fecha confusa.

Los reclutas llegaron a la base en autobuses y, apenas bajados de los vehículos, un sargento gigantesco, de mirada pétrea, tatuado en el brazo derecho y con una cicatriz en la mandíbula inferior, les ordenó formar en el patio. La formación tardó en completarse porque todos se confundían al buscar su sitio por orden de estatura. El sol caía a plomo sobre el asfalto y pequeñas gotas de sudor comenzaron a brillar en los rostros de los muchachos. Algunos sentían sed y se pasaban la lengua por los labios mientras la mirada nerviosa permanecía fija al frente, sin ver nada sino, como en un trasfondo brumoso, los bosquecillos y las faldas de los promontorios lejanos.

El sargento iba y venía a lo largo de la fila, escrutándola con ojos de pescado en hielo, sin decir nada. Después de un rato se retiró unos pasos y miró detenidamente a cada uno durante segundos que parecían eternos, en el transcurso de los cuales el observado ni siquiera parpadeaba, inmovilizado por la luz helada de esos

ojos grisáceos. Concluido ese examen individual, los conminó con voz tronante a olvidar sus hábitos civiles y a comprender, a meterse bien en la mollera, que allí sólo se atendía la voz de mando. Nada de pretextos, nada de objeciones, nada de escrúpulos. En el *U.S. Army* no había tiempo ni sitio para esas cosas. Ellos estaban allí para ser soldados y servir al tío Sam y el tío Sam sólo aceptaba obediencia. *Obediencia obediencia.* La palabra producía ecos en la mañana clara, con pinos y colinas a lo lejos, y penetraba incisivamente en cada quien. Billy sentía que le desollaba las entrañas. La palabra se le antojaba una bola metálica con puntas salientes recorriéndole los intestinos.

El sargento iba y venía de nuevo a lo largo de la fila mientras hablaba. Uno de los reclutas abandonó distraídamente la posición de firme y el sargento se aproximó a él sin dejar de hablar y lo golpeó con la fusta en una pierna. Billy recordaba el chaquido de la fusta y la queja entrecortada del muchacho. La charla duró otros diez minutos, quince a lo sumo, pero para todos fue un tormento prolongado: las palabras y el sol refractado en el asfalto los sentían como agujas clavadas en el cuerpo. Finalmente dijo que tuvieran siempre presente cuanto les había dicho; así se evitarían dificultades y todo iría bien para todos. Porque no debían olvidar que habían sido enviados allí para ser soldados, y él los iba a convertir en soldados, lo quisieran o no. Que no lo olvidaran. Luego les ordenó marchar hacia el baño.

Eran treinta y dos en el grupo, formados en fila doble. El sargento marcaba el paso con sonidos guturales mientras cruzaban el patio. Entraron al baño y, todavía formados, se desvistieron. Billy recordaba al chico de nombre Henry que se ruborizaba de vergüenza en tanto se desnudaba en silencio; recordaba su expresión cohibida y medrosa. Su cuerpo delgado y esbelto parecía de muchacha. El sargento estaba detrás de ellos, en la entrada del baño, y les ordenó ponerse de uno en fondo; luego dijo que avanzaran hasta las regaderas y se mantuvieran firmes frente a ellas. Después caminó una y otra vez a lo largo de la fila. Billy recordaba sus pasos pesados y los golpes acompasados de la fusta en una de las piernas del suboficial. Henry estaba a la izquierda de Billy, ¿o era a la derecha?, no, a la izquierda, y a pesar de los años transcurridos aún sentía al sargento detenerse detrás de Henry y golpearle suavemente las nalgas con la fusta mientras decía: "Tú serás mi ordenanza." Recordaba el rostro enrojecido de Henry, su expresión de azoro y su voz confusa y delgada al responder: "Sí, señor." Luego el sargento salió del baño golpeándose una mano con la fusta, tras de haberles ordenado que se bañaran rápidamente.

Después, semanas de entrenamiento. Correr, saltar, escalar muros con sogas, marchas de treinta millas diarias con todo el equipo a cuestas y descansos de diez minutos cada hora, atravesar pantanos con el agua al cuello y conservar seca el arma.

Henry jadeaba en las carreras de obstáculos y su cuerpo parecía doblarse bajo el peso del equipo y temblaba como un animal acorralado cuando le ordenaban arrojar una granada. Por cualquier motivo el miedo asomaba en sus ojos transparentes. Era evidente que no había nacido para soldado. Lo suyo estaba en otra cosa. Cualquiera podía darse cuenta de eso. Incluso un día le había dicho a un compañero que pensaba ser actor cuando volviera a la vida civil.

En la noche, los músculos doloridos, nublada la mente por el cansancio, cada quien pensaba en su antigua vida —novia, madre, hermanos, paseos en automóvil, cine, bailes— y maldecía al tío Sam en sueños. Al día siguiente, el toque de diana los enfrentaba de nuevo con la voz del sargento, inflexible y dura con todos, amable y cariñosa con Henry. Sí, Billy no había podido olvidar la forma en que el sargento trataba a ese muchacho. Había risitas y cuchicheos cuando el subofícial llamaba a Henry a su cuarto y el recluta pasaba horas allí para luego regresar con la mirada baja y una expresión de vergüenza en todo su cuerpo. Billy recordaba eso y los sollozos apagados de Henry mientras los demás dormían.

Tampoco olvidaba la tarde en que se ejercitaban con la bayoneta calada en una colina boscosa y oyeron un disparo en el flanco derecho. Recordaba los denuestos del sargento contra el imbécil que había estropeado el simulacro de ataque por sorpresa. Lo voy a desollar vivo, decía. Y

recordaba el rostro exánima de Henry en la luz verdosa del bosque y la mancha negruzca que se extendía incontenible-mente por su pecho. Recordaba las expresiones estupefactas de los reclutas que veían por vez primera la muerte, y la cara desencajada del sargento, quien miraba el cuerpo agonizante de Henry con gesto de sorpresa y tal vez de velado reproche. Todo eso lo recordaba: Henry desangrándose sobre las hojas muertas, los reclutas mirándolo en silencio, el sargento diciendo: "Vamos, hay que llevarlo a donde pueda recogerlo la ambulancia", y el viento enredado entre los pinos. Esa escena se había grabado para siempre en alguna parte de él. Jamás podría olvidarla. Aunque, había sido algo extraño, en las semanas siguientes fue disolviéndose en la fatiga de los ejercicios; pero luego había vuelto a recordarla y estaba seguro de que nunca la olvidaría. Era uno de esos recuerdos que duran hasta la muerte.

Concluido el entrenamiento, fueron enviados a San Francisco y allí, junto con otros contingentes venidos de distintos puntos del país, embarcados para Indochina. Pero lo de allá era otra historia.

Bebió lo que restaba en su vaso y pidió otro trago. Fui al baño y mientras orinaba y luego mientras me peinaba pensé en ese chico Henry y en su triste fin en esa boscosa colina de Illinois. Había algo lamentablemente turbio en todo eso.

Cuando volví a la mesa, Billy estaba recostado a la pared con los ojos cerrados y la música del calypso *Diana* ascendía ca-

denciosamente con el humo de su cigarrillo. Abrió los ojos al sentir que me sentaba.

—Como te decía, para mí la guerra y todo lo relacionado con ella no ha sido muy agradable que digamos.

—Ya veo. Comprendo —dije, aunque no era eso exactamente lo que hubiera querido decir, pero en el momento no se me ocurrió ningún otro comentario.

—Y hay otras cosas que tampoco tienen nada que ver con lo presentado en esas películas en las cuales un actor de rostro aniñado hace de héroe invulnerable. Hay mucha porquería en todo el asunto. Pero, claro, ¿qué puede hacer uno?

Terminó su cigarrillo en silencio y después fue a pedirle a Charlie monedas para la música. Lo vi alejarse hacia el jukebox y mientras marcaba piezas llegué a la conclusión de que no me había equivocado: Billy era bien distinto a esos "zonians", hijos de perra que desde hacía medio siglo ocupaban el centro del país.

Carrasquilla queda lejos del mar, no obstante, en las vacaciones algunos amigos íbamos —en autobús si había dinero, en bicicleta o a pie casi siempre— a bañarnos en las playas de San Francisco o de Paitilla, y pasábamos horas allá, a veces hasta el atardecer, cuando el sol muriente ponía reflejos dorados en las olas, en las rocas, en los árboles y hasta en los cuerpos exhaustos. En ocasiones nos acompañaban muchachas y con ellas, tras de habernos cansado nadando o jugando pelota, buscábamos lugares discretos entre la vegetación o los peñascos para darnos besos y soñar. En el atardecer los labios tenían un sabor salado y era excitante unir las bocas en una caricia interminable, abandonarse a la sensación de esa ola, generada en la sangre y la carne tibia, que lo envolvía a uno como una agua mansa. Luego, con la última luz, cada quien montaba a su amiga en el caballo de la bicicleta y pedaleábamos de regreso, vencida la fatiga del esfuerzo por el enervante roce de

unas caderas mórbidas y dulces contra nuestros muslos.

En cambio, cuando no iban muchachas, corríamos, nadábamos y boxeábamos hasta extenuarnos. Después nos poníamos a fumar y a conversar en los arrecifes. La escuela, los profesores, las novias, las lecturas, los carnavales, Rocky Marciano, Willie Mays, Dillinger . . . todo era tema y motivo de atención. Y fue de esa manera, en forma un tanto involuntaria o casual, cómo algunos comenzamos a interesarnos en los problemas del país y en la cuestión del Canal. ¿Recordábamos al tipo ese que en la última asamblea de estudiantes en el aula máxima había atacado a los gringos? ¡Qué bárbaro! A lo mejor lo castigaban por eso. ¿No habíamos visto cómo ese profesor de inglés que estudió en Chicago tomaba nota de cuanto Floyd decía? Ese profesor había ido a Chicago con una beca del USIS y estaba agradecido-agradecido-agradecido. ¿No lo decía siempre? ¿Y una noche no lo habían encontrado bañándose desnudo con un gringo en

porque unos gringos borrachos la golpearon y la violaron cuando iba a tomar el bus por el lado de Pueblo Nuevo. Además, el año anterior todos habíamos leído *Luna verde*, esa novela que presenta la discriminación racial en la Zona. Y "Pergamino", el profesor de Historia, nos había explicado las intervenciones norteamericanas. Era odioso y triste todo eso, ¿verdad?

Una tarde hablábamos de eso en Playa Chiquita, Paitilla, y alguien recordó el cuadro sinóptico que "Pergamino" había hecho en el tablero para ilustrarnos lo que él llamaba esa "historia de vergüenzas". El grupo lo escuchó en silencio (tenía fama de enérgico y en su clase no toleraba desórdenes), pero apenas si alguno concedió trascendencia a las iniquidades que contaba. ¡Qué importaba el pasado! De momento interesaba mucho más saber si Mickey Mantle había bateado jonrón contra los Tigres de Detroit o si Mañe Icaza montaría a "Don Gabino", el mejor tresañero, en el clásico Independencia. Además, esa noche había que ir a ver a Audie Murphy en *Regreso del infierno*. Era la historia de su participación en la guerra, en la cual había resultado ser el soldado estadunidense más condecorado. Había que ver, cómo no, a ese chaparrito casi imberbe, de aspecto frágil, abatir con una *Thompson* enemigos como moscas. ¡Quién iba a perderse esa película! "Cállate ya Pergamino", musitaba cada quien para sí, "lo que dices pasó hace tiempo, déjanos salir, ¿no?, otro día nos sigues contando".

No obstante nuestro desinterés o insensibilidad, esa voz recia y pausada debió grabarse en alguna parte de nosotros, porque esos mismos hechos, que entonces nos dejaban indiferentes, adquirieron con el tiempo otra dimensión, parejamente magna y dolorosa, en nuestra conciencia. Sin embargo, esa tarde en Paitilla aún tomábamos el asunto poco en serio y "Porky", el burlón del grupo, imitó la voz de "Pergamino" y trazó en la arena un remedo del cuadro del tablero:

SIGLO XIX

1856 —Un año después de haber sido inaugurado el ferrocarril transístmico, una discusión entre un vendedor de frutas y un estadunidense por el pago de una tajada de sandía (5 centavos de dólar) origina una trifulca. En ella participan norteamericanos, panameños y latinoamericanos que apoyan a los segundos. El saldo es de 17 muertos y decenas de heridos. Estados Unidos exige al gobierno (entonces en Bogotá) indemnizaciones exorbitantes. Finalmente, tras de amenazas de Washington y protestas de Bogotá, la Nueva Granada tiene que pagar 412 mil dólares en oro.

Ninguno recuerda bien las otras intervenciones del siglo XIX. "Porky" carraspea inseguro y, al fin, sin saber cómo seguir,

pregunta: "¿Quién de la clase sabe qué otros incidentes hubo?" Silencio. "Bueno, tendré esto en cuenta a la hora de tomar la lección." Su imitación es tan buena que todos reímos, incluido el propio "Porky". De nuevo serio, prosigue: "Entonces, jóvenes, en este siglo tenemos . . ."

SIGLO XX

1918 —Fuerzas estadunidenses ocupan la provincia de Chiriquí con el pretexto de que durante unas elecciones se ha alterado el orden público. La ocupación dura dos años.

Un camaronero dobla Punta Paitilla con cientos de aves siguiéndolo. Todos miramos el espectáculo y nos desentendemos de "Porky". En la proa de la embarcación, un marinero sin camisa nos grita algo. Por si acaso, riéndonos, le hacemos señas obscenas con las manos. "Porky" se enfada: "Jóvenes, ¿es más interesante para ustedes lo que ocurre fuera del salón que lo que explica el profesor? El que no quiera escuchar, que salga de una vez."

1925 —El presidente panameño Chiari pide a Washington tropas para sofocar un movimiento inquilinario que propugna la rebaja de los alquileres en las ciudades de Pa-

namá y Colón. (Fotos de la época muestran soldados con la bayoneta calada —mirada torva, expresión de hiena—, caballos y tiendas de campaña en el parque de Santa Ana.)

"Copien el cuadro y estúdienlo. No tanto porque su contenido pueda figurar en el examen, sino porque todos deben conocer bien estas cosas." La voz de "Porky/Pergamino" se pierde junto con el dibujo, borrado por la marea. "Porky" nos mira severo y aplaudimos cuando dice: "La clase ha terminado."

Entonces, en Paitilla, bromeábamos con el recuerdo de "Pergamino". Pero años después, ya sin bromas ni risas, más bien con una gratitud confusa, yo pensaba en las enseñanzas de "Pergamino" y en su final heroico.

Había muerto a consecuencia de un balazo recibido durante los enfrentamientos entre manifestantes panameños y el ejército yanqui, en enero del 64. Cuando estaba en el hospital, algunos amigos y ex alumnos fuimos a visitarlo y nos conmovió verlo sereno, en apariencia indiferente al dolor y a la muerte que pronto lo abatiría. No mostraba enojo por su herida, más bien tuvimos la impresión de que íntimamente lo enorgullecía. Ya era un hombre maduro, usaba anteojos y se había dejado un bigote entrecano, pero su mirada seguía siendo juvenil y resuelta. Agradeció mucho nuestra visita y aseguró que pronto regresaría al trabajo. Lo suyo

no era nada, dijo. Lo más importante estaba por venir; había que mantenerse firmes y seguir adelante. Lo acontecido era apenas un incidente en un largo, muy largo, proceso. Nos despedimos y tres días después "Pergamino" había muerto en esa misma cama donde lo habíamos visto por última vez sus amigos y ex alumnos.

"Pergamino" está muerto y el tiempo ha pasado, pero no he olvidado su voz pausada y firme, ni la pasión que ponía al enseñar la Historia, como si viviera y sufriera cada acontecimiento. Y su nombre, Ariosto Prado Soler, es uno de esos que se graban como cicatrices en la vida de uno. Su nombre apareció en los periódicos, junto a los de otros mártires, y al verlo me sentí conmovido. El, un humanista educado en Europa, ¡había caído al lado de estudiantes y albañiles y gente sencilla en defensa de su país! Entonces comencé a comprender quién había sido "Pergamino" en realidad. Y luego, cuando ciento cincuenta mil personas lo llevaron al cementerio y cuando lo exaltaron en los panegíricos y cuando la multitud dejó las tumbas cubiertas de flores y de lágrimas, sentí que había desaparecido un hombre admirable, un maestro y patriota auténtico, y supe —en ese momento me percaté definitivamente de ello— que "Pergamino" había sido mucho más amigo mío de lo que él supuso y de lo que yo había podido comprender.

DIMAS LIDIO PITTY

EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO ES EL MAS FEROZ ENEMIGO DE LOS PUEBLOS DEL MUNDO, AFIRMA MAO

TOKIO, 13 de enero (AP). China lanzó hoy una serie de declaraciones oficiales calificando a Estados Unidos de "agresor" y asegurando su apoyo a Pa-

Continuó: "Hallando oposición en todas partes, el imperialismo norteamericano se ha colocado en la posición de enemigo del pueblo de todo el mundo y se ha aislado cada vez más.

"Las bombas atómicas y de hidrógeno en manos de los imperialistas norteamericanos, nunca podrán amedrentar a los pueblos que no están dispuestos a ser esclavos."

LA CRISIS CANALERA PONE EN PELIGRO LA SEGURIDAD DEL MUNDO, AFIRMAN EN EUROPA

MAS PAISES LATINOAMERICANOS APOYAN LA POSICION DE PANAMA

CIUDADANOS NORTEAMERICANOS SE IDENFICAN CON PANAMA

MANIFESTACIONES DE SOLIDARIDAD CON PANAMA EN VARIAS CAPITALES DEL ORBE

LA PRENSA SOVIETICA DEPLORA EL TERROR SANGRIENTO

MOSCU, 11 de enero. El sangriento terror ha reforzado cien veces más la decisión del pueblo panameño de que se le devuelva la Zona del Canal, dice hoy el *Konsomolskaya Pravda.*

DIMAS LIDIO PITTY

ADVERTENCIAS TURBIAS Y AGORERAS EN NUEVA YORK

NUEVA YORK, 16 de enero. "El sentido común se afirma en Panamá", dice hoy aquí el *Herald Tribune*, pero se debe esperar sorpresas aun en el caso de que ambas partes trabajen con buena fe, porque "los comunistas castristas y otros extremistas tratarán de hacer estallar nuevas explosiones, con la esperanza de destruir la actual tendencia hacia un arreglo".

Ahora, aquí en El Moroco, pienso en lo que le conté a Billy de esos días. Pienso en "Pergamino" y en otras muertes. En el 64 recibimos solidaridad de todo el mundo; fue algo muy hermoso: dentro de la impotencia y el dolor, nos confortó. Pero en realidad, a pesar de lo ocurrido entonces, casi nada ha cambiado; todo sigue siendo más o menos lamentable. De toda esa vergüenza que es nuestra historia, únicamente algunos muertos aparecen sin mácula. Pareciera que para nosotros la inmolación y la sangre fuesen la única alternativa. Eso o algo parecido le dije a Billy. Y ¿qué respondió él? ¿Qué respondió?

¿Y lo que no dije, lo que callé, contenido por una vaga prudencia? Porque en un momento me dije que Billy podía ser cualquier cosa. Ese descontento suyo bien podía ser una careta. ¿Cuántos ultrarradicales no son agentes de la CIA? Vociferan en los cafés, gritan más que nadie en los mítines y luego, en alguna oficina de

apariencia inofensiva, acaso dedicada a la venta de *souvenirs* o a importar ropa de señoras, dan nombres y pistas, anticipan planes, delatan acciones. Hay muchos así. Algunos fingen ser periodistas y con ese pretexto acuden a las reuniones y aviesamente incitan a los estudiantes (todo el mundo conocerá lo que digas, trabajo para una emisora que tiene intercambio noticioso con la agencia tal, habla sin miedo hombre, ¿qué piensan hacer ustedes cuando venga mister Koll, el secretario de Estado, apedrearán la embajada?, habla, hombre, habla para que el pueblo sepa qué piensan hacer ustedes y pueda apoyarlos), graban las declaraciones y después las venden nadie sabe dónde. Uno no está seguro de quién es quién. Es una cloaca esto, llena de ratas y de sapos.

Por eso no le hablé a Billy del modo en que había comenzado a ver la patria como una herida o un dolor y a sus paisanos como perfectos hijos de puta. El parecía un buen chico, sí —y tal vez lo fuera—, pero para qué decirle que cuando yo tenía quince años Angelo Moreno me había prestado algunos libros y me había explicado ciertos aspectos del mundo; que a los dieciséis era dirigente estudiantil y participaba en manifestaciones patrióticas; que a los dieciocho soñaba con organizar un movimiento armado en compañía de otros soñadores hastiados de ver a nuestro pueblo sojuzgado y en la miseria; que a los veinte ya había estado cinco veces preso por un total de siete meses; que una noche había visto morir destrozado a un amigo mientras

preparaba un petardo en el garaje de su casa —tenía diecinueve años, idolatraba a Sandino y su gran ilusión particular era ser oficial de un buque ballenero—. Todo eso había sido mi vida, pero algunas cosas no son para andarlas contando; menos si uno no está bien seguro de quién es el oyente.

Y ¿qué es mi vida ahora, después de todo? La mezquina, ínfima satisfacción de tener un trabajo, de escribir esporádicamente algunos versos y de contar con una mujer de vez en cuando. Un blando conformismo unido a una blanda insatisfacción. Porque estoy solo, aislado, y es tonto pensar que en el aislamiento alguien pueda ser revolucionario; si acaso será un rebelde, un disconforme atrincherado en ideas digeridas con entusiasmo en el pasado, en biografías heroicas y en citas de Lenin. Estoy solo y sufro esa apatía o desencanto de los ilusos que en la adolescencia imaginan la revolución como algo puro, distinto o separado de la vida, del trabajo diario, del dolor de muelas, de las medicinas para la madre enferma, de la leche para el bebé; me embarga ese pesimismo que surge cuando se descubre que la revolución no es susceptible de ser realizada por el deseo de un soñador, sino que es un paciente y laborioso esfuerzo colectivo, un proceso, en fin, resultante de la adición de pequeñas acciones, no la hazaña de un exaltado ni el delirio de un joven con un libro húmedo de impaciencia bajo el brazo. Quizá lo mío sea falta de consistencia o debilidad pequeñoburguesa; pueden

ser muchas cosas. Uno nunca sabe a ciencia cierta por qué es lo que es y no lo que quiso llegar a ser. Es una vaina el egoísmo. Son lindas las palabras, pero si falta la voluntad todo se va al carajo. De todos modos, uno guarda las apariencias; aunque sea para los demás conserva un mínimo decoro, rehúsa aceptar su desilusión o su vergüenza. En verdad, no soy lo que se podría llamar un auténtico revolucionario; soy demasiado dubitativo, débil o egoísta para serlo, pero sí tengo, he adquirido, por lo menos, conciencia de algunas cosas. Por otro lado, sé que hay verdaderos, genuinos revolucionarios en este país; gente que brega sin desmayo para salir adelante, y que saldrá adelante aunque algunos como yo quedemos rezagados. ¡Ah, las dudas, las pendejadas! Callé muchas cosas, es cierto, pero de todos modos le conté a Billy lo suficiente —sin precisar detalles, claro— para que no fuera a llevarse la impresión de que aquí todos tenemos mentalidad de cipayos o de putas.

—Dame otro, Charlie —pido en voz alta.

Charlie sirve a un cliente una copa de anís y viene a recoger mi vaso vacío.

—Por lo que veo, quieres cogerla de nuevo —dice.

—No, no lo creas. Mañana tengo que trabajar. Es que me hacen falta unos tragos. Tú mismo me has dicho que cuando uno está jodido no hay nada mejor que un trago, ¿no? Ahora ando así, apachurrado. Fíjate que no he podido dejar de

pensar en el gringo. Opino que era buena gente, ¿sabes?

—¿Cómo así?

—Bueno, tú bien sabes cómo son los gringos. Este era distinto. No parecía gringo.

Seca la barra y pone el trago frente a mí.

—Ah, ya —asiente—. Sí, a veces pasa que uno tiene la suerte de encontrarse con uno así.

Un cliente pide una cerveza. Charlie abre la nevera con hielo donde las guarda y saca una del fondo. Agito el trago, lo pruebo y recorro con la vista la concurrencia. El local no está lleno, mas como algunos hablan en voz alta parece que hubiera mucha más gente de la que hay. La noche anterior, en cambio, hacia la una de la madrugada no había un solo puesto desocupado. Pero, claro, era sábado. Ese día mucha gente sale a tomar con los amigos. El domingo no hay que trabajar y todo el mundo puede levantarse tarde.

Es el caso, por ejemplo, de los compañeros del ministerio. Rara vez entran a una cantina durante la semana, pero el sábado algunos comienzan a beber temprano y no llegan a su casa sino el domingo en la tarde. Lo suyo es una compensación a la rutina y las fatigas de la semana. En la cantina —con los amigos, la música y las mujeres— olvidan el sueldo mísero, el horario inflexible, las montañas de papeles que, lentamente, como una niebla maléfica, agobian a los empelados y les absorben la salud y los años. Por unas horas

son libres, personas, no piezas de un engranaje sujeto a oficios y numeraciones y órdenes y miradas odiosas del jefe. Pueden olvidar que deben marcar su tarjeta de asistencia, que deben comer de prisa y luego subir a un autobús atestado y caluroso, en el cual hombres y mujeres sudan, tosen, empujan y maldicen para poder llegar a tiempo, pues descuentan medio día de salario por cada tres tardanzas. Durante unas horas pueden reír, quitarse la corbata y externar opiniones sobre boxeo, beisbol, mujeres, cine, lotería, caballos, política, etc., sin el temor de que el jefe les interrumpa la plática para preguntar con su odioso retintín: "Fulano ¿ya tiene listo el informe sobre los ingresos del municipio de Dolega que le pedí anteayer?" Es un tiempo fuera del tiempo. Otra vida. No existe la oficina, esa jaula llena de escritorios, archivos y calculadoras, en la cual jamás entra el sol; donde los rostros adquieren un color enfermizo por la luz fluorescente; donde las hileras de números son infinitas; donde nadie puede distraerse un momento porque un guarismo mal escrito trastorna el balance final y entonces hay que revisar nuevamente desde el principio todo ese cúmulo de hojas y hojas y columnas y columnas de cifras; donde no es posible pensar en la playa ni en un río ni en un paseo por el campo, porque se sabe —es lo más triste— que el sueldo no alcanza para pagar la casa, la comida y comprarse una camisa. En cierto modo, la cantina es la aventura, la otra cara de la vida, un sitio en el

cual es posible sentirse hombre humano por un rato. Hoy domingo, en cambio, sólo turistas, prostitutas, chulos y artistas de la farándula permanecen en los bares hasta la madrugada, o si no, periodistas, noctámbulos adinerados y gente que puede levantarse tarde.

Bebo un trago y respondo "no" cuando Charlie pregunta si quiero maní salado.

—¿Prefieres salchichitas picantes?

—No, ahora no tengo ganas de comer nada, Charlie. Tal vez más tarde.

Uno de los ayudantes pide una botella de Johnnie Walker para una de las mesas. Mientras Charlie pone vasos, hielo y sodas en una bandeja, veo que el ocupante del sitio donde estuve anoche se levanta y camina hacia el jukebox. Y nuevamente no es domingo sino sábado y quien va hacia la caja de música no es un desconocido sino yo; Billy, en tanto, queda en la mesa, prendido a sus recuerdos y a su mirada de hastío. Entonces, de pronto pienso en las curiosidades de la vida: mientras echaba monedas en el jukebox no imaginaba que hoy estaría recordando ese momento y a Billy —no muerto: amoratado por el agua, mordido por los peces, pálido en la claridad del amanecer— rodeado por la atmósfera turbia y las voces ebrias del Moroco.